

prende que le haya ocurrido venir á vernos en medio de este horrible temporal.

—Los años, señora, los años; repuso D. Cirilo desentendiéndose de las últimas palabras. Y después de breve pausa, añadió: pues pasaba por delante de su casa, y la costumbre de siempre, la querencia, como quien dice, me empujaba y decía: vamos á ver que hacen mis buenos amigos D. Santiago y D.^a Mercedes. Y aquí me tiene usted.

D.^a Mercedes introdujo á D. Cirilo en una sala contigua; lo hizo sentar en el ancho sillón de baqueta, adornado con gruesos clavos romanos, y le preguntó:

—Pues ¿de dónde venía usted?

D. Cirilo, que no sabía mentir, contestó:

—De casa.

—¿De su casa, con este tiempo, y sólo por vernos? Algo grave trae usted, D. Cirilo; y malo tiene que ser, pues que me lo oculta.....

—¿Qué ha de ser malo, señora? No diré que sea una buena noticia;.. ni tampoco mala..; ni buena ni mala..... balbuceó entre angustias.

—Acabe usted de una vez, porque me tiene sobresaltada.

D. Cirilo no creyó prudente desembuchar á solas la confidencia.

—Es un encargo que tengo para D. Santiago. ¿Sabe usted? Me figuro que no habrá salido, porque da miedo andar por esas calles. Ya me hará favor de avisarle.

—¡Manuela! ¡Manuela! gritó D.^a Mercedes; y viendo que no venía con la prontitud que su impaciencia deseaba, se levantó del asiento:

—Dispense Sr. Cura, que le deje solo un momento. Yo misma voy á llamarle.